

mo de este camino, el que lo sigue ha sido completamente abandonado por el enjambre de moscas de la mala conciencia, y, aunque de una maldad perfecta, conserva, sin embargo, su inocencia.

85.—*Hacer planes.*

Hacer planes y tomar resoluciones procura muchos sentimientos agradables; y el que tuviera fuerza para no ser, durante toda su vida, más que un forjador de planes, sería un hombre muy feliz; pero le será necesario, de cuando en cuando, reposar de esta actividad, ejecutando un plan; y entonces vendrán para él la cólera y la desilusión.

86.—*Lo que nos sirve para ver el ideal.*

Todo hombre capaz se aferra á su capacidad y no puede apoyarse sobre ésta para juzgar libremente las cosas. Si no tuviese además una buena parte de imperfección, su virtud le impediría llegar á la libertad intelectual y moral. Nuestros defectos son los ojos por los cuales vemos el ideal.

87.—*Alabanzas desleales.*

Las alabanzas desleales ocasionan después muchos más remordimientos que la censura desleal, probablemente por la razón de que, mediante las alabanzas exageradas, nuestra facultad crítica descubre mucho mejor sus debilidades que por la censura violenta y hasta injusta.

88.—*La manera de morir es indiferente.*

La manera como piensa un hombre en la muerte en el apogeo de su vida y mientras que posee la plenitud

de su fuerza, es muy significativa para lo que se llama su carácter; pero la hora de la muerte en sí misma, su actitud en el lecho de la agonía, no entran en cuenta. El agotamiento de la vida que declina, sobre todo cuando son viejos los que mueren, la alimentación irregular é insuficiente del cerebro durante esta última época, lo que algunas veces hay de muy violento en los dolores, la novedad de este estado enfermizo de que aún no se tiene experiencia, y con harta frecuencia un acceso de temor, un regreso á impulsos supersticiosos, como si la muerte tuviese gran importancia y como si hubiese que franquear puentes terribles; todo eso no *permite* utilizar la muerte como un testimonio de la vida. Así, no es cierto que, de un modo general, el moribundo es más *leal* que el vivo; al contrario, casi todos se ven forzados, por la actitud solemne de los que les rodean, por las efusiones sentimentales, por las lágrimas contenidas ó vertidas, á representar una comedia de vanidad, tan pronto consciente como inconsciente. La profunda seriedad que se pone en tratar á cada muerto ha sido seguramente para muchos pobres diablos, despreciados durante toda su vida, un goce sutil, una especie de compensación á muchas privaciones.

89.—*Las costumbres y sus víctimas.*

El origen de las costumbres debe reducirse á dos ideas: «la comunidad tiene más valor que el individuo» y «hay que preferir la ventaja durable á la ventaja pasajera»; de donde debe deducirse que se debe poner, de un modo absoluto, la ventaja duradera de la sociedad sobre la ventaja del individuo, especialmente sobre su bienestar momentáneo, pero también sobre su ventaja durable, y aun sobre la continuación

de su existencia. Ya sea, pues, que un individuo sufra con una institución que es provechosa para la totalidad, ya que ésta institución le obligue á extenuarse y hasta á morir por causa de ella, poco importa; la costumbre debe conservarse; es necesario hacer el sacrificio. Pero ese sentimiento no nace sino en los que no son la víctima; porque ésta, al verse en ese caso, sostiene que el individuo puede ser de un mérito superior al número, y que el goce del presente, el momento en el paraíso, podrían juzgarse superiores á la débil persistencia de estados sin dolor y de condiciones de bienestar. La filosofía de la víctima se hace oír demasiado tarde; por eso nos atenemos á las costumbres y á la *moralidad*: no siendo la moralidad el sentimiento que se posee del conjunto de las costumbres, bajo la égida de las cuales se vive y se ha sido educado (educado, no en cuanto individuo, sino como miembro de un todo, como cifra de una mayoría). Así ocurre sin cesar que un individuo se engrandece por medio de su moralidad.

90.—*El bien y la buena conciencia.*

¿Creéis que todas las cosas buenas han tenido en todo tiempo una buena conciencia? La ciencia, que es seguramente una cosa muy buena, ha hecho su entrada en el mundo, sin ésta y sin ninguna especie de *pathos*, secretamente, muy al contrario, pasando el rostro velado ó disfrazado, como una criminal, y siempre afligida del *sentimiento* de hacer contrabando. El primer grado de la buena conciencia es la mala conciencia; una se opone á otra: porque toda buena cosa comience por ser nueva, por consiguiente inusitada, contraria á las costumbres, *inmoral*, y roe como un gusano el corazón del feliz inventor.

91.—*El éxito santifica las intenciones.*

No hay que temer seguir el camino que lleva á una virtud, aun cuando se dé uno cuenta que el solo egoísmo, y, por consiguiente, la utilidad y el bienestar personales, el temor, las consideraciones de salud, de reputación y de gloria, son los motivos que impulsan á ello. Se dice que estos motivos son viles é interesados; pero si nos incitan á una virtud, por ejemplo, el renunciamiento, la fidelidad al deber, el orden, la economía, la medida, hay que escucharlos, cualquiera sea la manera como se las califique. Porque, cuando se ha logrado aquello á que tienden, la virtud *realizada ennoblece* para siempre los motivos lejanos de nuestros actos, gracias al aire puro que hace respirar y al bienestar moral que comunica, y, más tarde, no realizamos ya estos mismos actos por los mismos motivos groseros que en otro tiempo nos incitaban á ellos. La educación, pues, debe en lo posible *forzar* á la virtud, conforme á la naturaleza del discípulo; pero que la virtud, siendo la atmósfera asoleada y estival del alma, haga su propia obra y agregue la madurez y la dulzura.

92.—*Cristianistas y no cristianos.*

¡Ese es vuestro cristianismo! Para poner en guerra á los hombres alabáis «á Dios y á sus santos»; y cuando queréis *alabar* á hombres, lanzáis tan lejos vuestras alabanzas que es preciso que Dios y sus santos se irriten. Quisiera que al menos aprendieseis á tener talante cristiano, ya que os falta la mansedumbre de un corazón cristiano.

93.—*Impresión de la naturaleza en los hombres piadosos y en los irreligiosos.*

Un hombre piadoso y perfecto debe ser para nosotros objeto de veneración; pero también debe serlo un hombre perfecto, sincero y completamente irreligioso. Si con hombres de esta clase se siente uno como en la proximidad de las altas cumbres, donde tienen su manantial los ríos caudalosos, con los hombres piadosos se cree uno bajo árboles tranquilos y llenos de savia, con ramajes umbrosos.

94.—*Asesinatos legales.*

Los dos mayores asesinatos legales de la historia universal son, hablando sin rodeos, suicidios disfrazados y bien disfrazados. En ambos casos se *quería* morir; en ambos casos se hizo que la espada se clavase en el pecho por manos de la injusticia humana.

95.—*Amor.*

El más sutil artificio que da al cristianismo la ventaja sobre las demás religiones, estriba en una sola palabra: el cristianismo habla de *amor*. Así llegó á ser la religión *Urica* (mientras que, en sus otras dos creaciones, el semitismo habla dado al mundo religiones heroico-épicas). Hay en la palabra *amor* algo tan ambiguo (algo que estimula, que habla al recuerdo y á la esperanza), que el esplendor de esta palabra irradia aun sobre la inteligencia más ruda y sobre el corazón más frío. La mujer más astuta y el hombre más vulgar piensan en ese momento que, en toda su vida, ha sido tal vez el más desinteresado relativamente, aunque Eros vuele en ellos á ras de tierra;

y esos seres innumerables que *están privados* de amor, privados, ya de sus padres, ya de sus hijos, ya de todo lo que han amado, y, sobre todo, los seres cuya sensualidad se ha sublimado, encuentran en el cristianismo su felicidad.

96.—*El cristianismo perfecto.*

Hay en el seno del cristianismo un sentimiento epícuero que parte de la idea de que Dios no puede exigir al hombre, criatura hecha á su imagen, sino lo que éste está *en condiciones* de ejecutar, y que, por consiguiente, pueden conquistarse, y se conquistan muchas veces, la virtud y la perfección cristianas. Si, pues, *se cree*, por ejemplo, que *se ama* á sus enemigos (aun cuando esto no fuese más que una creencia, un fantasma de la imaginación, y de ningún modo una realidad psicológica, y, por consiguiente, no puede ser amor), llega á ser uno perfectamente feliz mientras persiste esta creencia. (¿Por qué es así? El psicólogo y el cristiano no estarán seguramente de acuerdo en este punto.) Pudiera suceder, por lo tanto, que la *vida terrestre* llegase á ser una *vida bienaventurada* por obra de la fe, quiero decir, de la imaginación, por la idea de que no sólo se satisface esta reivindicación de amar á sus enemigos, sino también todas las demás pretensiones cristianas, y que uno se ha apropiado y asimilado el requerimiento cristiano: «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos.» El error puede, por consiguiente, transformar en verdad la promesa de Cristo.

97.—*Del porvenir del cristianismo.*

Pueden hacerse suposiciones sobre la manera cómo desaparecerá el cristianismo, y sobre los países en

que cederá más lentamente, si se examina por qué razones y dónde el protestantismo se propagó con más impetuosidad. Sabido es que prometió prestar los mismos servicios que los prestados por la antigua Iglesia, pero con más economía, es decir, sin misas costosas, sin peregrinaciones, sin pompas y riquezas eclesiásticas; se propagó, sobre todo, en las naciones septentrionales, aferradas menos profundamente que las del Mediodía al simbolismo y al placer de las formas, propios de la Iglesia antigua; en el cristianismo de éstas persistía un paganismo religioso mucho más potente, mientras que en el norte el cristianismo significaba una oposición y una ruptura con las antiguas costumbres domésticas, y fué, desde un principio, á causa de eso, más intelectual que inclinada hacia los sentidos, y también, por la misma razón, más fanático y más obstinado en las épocas de peligro. Si se llega á desarraigar el cristianismo atacándole por *el espíritu*, se puede prever dónde comenzará á desaparecer: allí precisamente donde se defenderá con más acritud. Además, se doblará, pero no se romperá; se despojará de sus hojas, pero le nacerán otras nuevas; porque son los *sentidos*, y no el espíritu, los que se han decidido por él. Pero también son los sentidos los que mantienen la idea de que, á pesar de todos los gastos que exige la Iglesia, se saca más partido que con las relaciones severas que existen entre el trabajo y el salario: porque ¿á qué precio no se valúa el ocio (ó la semipereza), una vez que nos hemos habituado á él? Los sentidos hacen á un mundo descristianizado la objeción de que habría que trabajar demasiado, y de que no se lograría ocio bastante; toman el partido de la magia, es decir, prefieren dejar á Dios el cuidado de trabajar por ellos: (*Oremus nos! Deus laborabit!*)

98.—*Historicismo y buena fe de los incrédulos.*

No hay libro que contenga con más abundancia, que exprese con más candor lo que puede hacer bien á todos los hombres (el fervor bienaventurado y exaltado, pronto al sacrificio y á la muerte, en la fe y contemplación de *su «verdad»*), que el libro que habla de Cristo: un hombre discreto puede aprender en él todos los medios por los cuales se puede hacer de un libro un libro universal, el amigo de todo el mundo, y, ante todo, el medio principal de presentar todas las cosas como acabadas, y de no admitir que algo sea imperfecto y esté en formación. Todos los libros de efecto tienden á dejar una impresión semejante, como si así se hubiese descrito el más vasto horizonte intelectual y moral, como si toda constelación visible, presente ó futura, debiese girar alrededor del sol que se ve lucir. La razón que hace que esos libros estén llenos de efectos, ¿no debe hacer de corto alcance todo libro puramente científico? Éste, ¿no está condenado á vivir oscuramente entre gentes oscuras, para ser crucificado al fin, para no resucitar jamás? Comparados con lo que los hombres religiosos proclaman á propósito de su «saber», de su «santo» espíritu, ¿no son todos los hombres probos de la ciencia «pobres de espíritu»? Una religión, cualquiera que sea, ¿puede exigir más renunciamiento, excluir con menos compasión á los egoístas de lo que lo hace la ciencia? Así podríamos hablar, y seguramente con algún fundamento histórico, cuando tenemos que defendernos ante los creyentes; porque no es posible llevar á cabo una defensa sin algo de comiquería. Pero, cuando estamos entre nosotros, el lenguaje debe ser más leal: nos servimos entonces de una libertad que aquéllos

no sabrían comprender, aunque redundase en interés propio. ¡Fuera la cantilena del renunciamiento! ¡Fuera esos aires de humildad! Muy al contrario: esa es nuestra verdad. Si la ciencia no estuviese asociada á la *alegría* del conocimiento, á la *utilidad* del conocimiento, ¿qué nos importaría la ciencia? Si un poco de fe, de amor y de esperanza no condujese á nuestra alma al conocimiento, ¿qué sería lo que nos atrajese hacia la ciencia? Y, aunque en la ciencia el «yo» no significa nada, el «yo» inventivo y feliz, y hasta todo «yo» leal y aplicado, importa mucho en la república de los hombres de ciencia; la estima de los que confieren la estima, la alegría de aquellos á quienes queremos bien ó de aquellos á quienes veneramos, en ciertos casos la gloria y una módica inmortalidad de la persona: ese es el precio que se puede dar por este abandono de la personalidad... para no hablar aquí de los resultados y de recompensas menores, aunque sea precisamente á causa de éstos por lo que la mayoría de los hombres han jurado fidelidad á las leyes de esta república, y, en general, á la ciencia, y continúan siempre adheridos á ellas. Si hubiésemos seguido siendo, en cierto modo, hombres *no científicos*, ¿qué importancia podríamos conceder á la ciencia! En resumen, y para expresar mi axioma en toda su amplitud: *para un ser puramente conocedor, el conocimiento sería indiferente*. No es la cualidad de la fe y de la piedad lo que nos distingue de los hombres piadosos y creyentes, sino la cantidad: nos contentamos con poco. Pero nos responderán éstos: ¡Si así es, quedad satisfechos y daos por satisfechos! A lo cual podríamos responder fácilmente: «En efecto; no formamos parte de los descontentos. Pero vosotros, si vuestra fe os hace bienaventurados, consideraos como

tales. ¡Vuestros semblantes han perjudicado siempre á vuestra fe más que nuestros argumentos! Si el alegre mensaje de vuestra biblia estuviese grabado en vuestra fisonomía, no tendríais necesidad de exigir, con tanta obstinación, la creencia en la autoridad de este libro: ¡vuestras palabras, vuestros actos, deberían continuamente hacer la biblia superflua! ¡Una nueva biblia debería continuamente nacer en vosotros! Pero así, toda vuestra apología del cristianismo tiene sus raíces en vuestra impiedad; con vuestra defensa escribís vuestra propia acusación. Si, con todo, deseáis salir de esta insuficiencia de vuestro cristianismo, la experiencia de dos mil años debiera sugeriros una consideración que, revestida de una discreta forma interrogativa, sería la siguiente: Si Cristo tuvo verdaderamente intención de salvar al mundo, ¿no ha fracasado en su empresa?»

99.— *El poeta como indicador del porvenir.*

Queda, en cierto modo, entre los hombres de hoy un excedente de vigor que no se emplea en la formación de la vida. Este excedente debiera dedicarse, sin vacilación, á un solo fin, que tal vez no fuese describir el presente ni evocar y revivir el pasado, sino dar una indicación del porvenir; y eso no debe entenderse en el sentido de que el poeta, semejante á un economista imaginativo, debiera anticipar, en imágenes, las condiciones sociales más favorables para el pueblo y para la sociedad, y la realización de estas condiciones. Por el contrario, como hicieron en otro tiempo los artistas con la imagen de los dioses, deberá ejercer su *invencción* en la imagen de los hombres y adivinar los casos en que, en medio de nuestro mundo moderno y de su

realidad, sin ninguna prevención ni restricción artificial ante la realidad, se dan aún las almas grandes; los casos en que, digo, aun hoy día, este alma sepa presentarse en condiciones armónicas y proporcionadas haciéndose durable y convirtiéndose en un prototipo, por su visibilidad, y ayudando, por consiguiente, á crear el porvenir, excitando la emulación y el espíritu imitativo. Las obras de esos poetas se distinguirían por el hecho de que aparecerían aisladas y garantidas contra la atmósfera y el ardor de la pasión; el desprecio incorregible, la destrucción de toda la lira humana, las burlas y los crujidos de dientes, y todo lo que hay de trágico y de cómico, en el sentido antiguo y habitual, en la proximidad de este arte nuevo, se consideraría como un molesto engrosamiento arcaico de la imagen humana. La fuerza, la bondad, la pureza; una medida involuntaria é innata en las personas y en sus actos; un suelo llano que procura al pie el reposo y la alegría; un cielo luminoso que se refleja en los rostros y en los acontecimientos; el saber y el arte fundidos en una unidad nueva; el espíritu cohabitando, sin presunción y sin envidia, con su hermana el alma, y haciendo nacer en la oposición la gracia de la severidad y no la impaciencia del desacuerdo: todo eso sería la envoltura, el fondo de oro general, en el cual las sutiles *distinciones* de los ideales encarnados pintarían ahora el *cuadro* verdadero: el de la dignidad humana siempre creciente. De Goethe parten algunos senderos que llevan á esta poesía del porvenir; pero se necesitan buenos guías, y, ante todo, una potencia mucho mayor que la que poseen los poetas de hoy, es decir, los representantes inconscientes de la semibestia, de la falta de madurez y de medida que se confunde con la fuerza y la naturaleza.

100.—*La musa en Penthesilea.*

«Antes dejar de ser que ser una mujer que no *encante*.» Cuando la musa comience á pensar así, el fin del arte estará próximo. Pero eso puede acabar en tragedia ó en comedia.

101.—*Lo que es el rodeo hacia lo bello.*

Si lo bello es idéntico á lo que regocija (y esto es lo que antiguamente cantaban las musas) lo útil es *el rodeo hacia lo bello*, rodeo muchas veces necesario, y puede rechazar la censura de los hombres miopes que juzgan por la impresión del momento, que no quieren esperar y que creen llegar á todo lo que es bueno sin rodeo.

102.—*Para excusar muchas faltas.*

El deseo incesante de crear, propio del artista, y su necesidad de ventear lo exterior, le impiden hacerse más bello y mejor en su persona, es decir, *crearse á sí mismo*; á menos que su ambición no sea bastante grande para obligarse á mostrarse siempre, en sus relaciones con los demás, á la altura de la belleza y de la sublimidad de su obra. En todo caso no posee más que un grado determinado de fuerza: si lo emplea en su propia persona, ¿cómo puede embellecer su obra? Y viceversa.

103.—*Satisfacer á los mejores.*

Si, por medio de su arte, se ha «satisfecho á los mejores de su época», se puede prever que, por el mismo arte, no se satisfará á los mejores de las épocas siguientes: es cierto que «se habrá vivido para todas

las épocas». La aprobación de los mejores asegura la gloria.

104.—*De la misma estofa.*

Si uno está formado de la misma estofa que un libro y una obra de arte, está uno íntimamente persuadido que éstos deben ser perfectos, y se ofende uno si otros los encuentran feos, exagerados ó fanfarrones.

105.—*Lenguaje y sentimiento.*

El lenguaje no se nos ha dado para comunicar nuestros sentimientos; se da uno cuenta de ello al observar el hecho de que todos los hombres sencillos se avergüenzan de buscar palabras para sus emociones profundas: no las comunican sino por actos y se ruborizan de ver que los demás parecen adivinar sus motivos. Entre los poetas, á quienes generalmente niega la divinidad este movimiento de pudor, los más nobles son monosilábicos en el lenguaje y dejan adivinar la violencia que les causa: al paso que los verdaderos sacerdotes del sentimiento son muchas veces los más insolentes en la vida práctica.

106.—*Error á propósito de una privación.*

El que no ha sabido deshabituarse por completo á un arte, sino que ese arte le continúa siendo familiar; no sospecha, ni por asomo, cuán insignificante es la privación de vivir sin ese arte.

107.—*Las tres cuartas partes de la fuerza.*

Una obra que debe producir una impresión de salud, ha de ejecutarse, á lo sumo, con las tres cuartas partes de la fuerza de su autor. Pero si el autor ha hecho

su esfuerzo supremo, la obra agita al espectador y le asusta por su tensión. Todas las cosas buenas dejan ver cierto descuido, y se presentan á nuestra vista como vacas que pacen.

108.—*No aceptar como huésped al hombre.*

El que tiene hambre, absorbe el alimento exquisito lo mismo que el grosero, y no nota diferencia alguna. El artista que tiene ciertas pretensiones no debe pensar, pues, en invitar á su mesa al hambriento.

109.—*Vivir sin arte y sin vino.*

Sucede con las obras de arte como con el vino: vale más no tener necesidad ni de uno ni de las otras, y transformar incesantemente, por el fuego y la dulzura interior del alma, el vino en agua.

110.—*El genio de presa.*

El genio de presa en las artes, que sabe hasta engañar á los espíritus sutiles, nace cuando alguno considera como botín, desde su más tierna edad, todas las buenas cosas que no están precisamente protegidas por las leyes y atribuidas como propiedad á una sola persona. Ahora bien; todas las buenas cosas de los tiempos pasados y de los maestros antiguos yacen libremente, rodeadas y custodiadas por el temor respetuoso del escaso número que las conoce: este genio osa, pues, desafiar al escaso número, y acumular una riqueza que engendra, por su parte, la veneración y el temor.

111.—*A los poetas de las grandes ciudades.*

Al contemplar los jardines de la poesía de hoy, obsérvese que las cloacas de las grandes ciudades están

situadas demasiado cerca: el perfume de las flores está mezclado de emanaciones que dejan adivinar las náuseas y la podredumbre. Y me pregunto con dolor: ¿tenéis tanta necesidad, ¡oh poetas!, de tomar por madrinas la chocarrería y la inmundicia, cuando queréis bautizar algún sentimiento inocente y sublime? ¿Es absolutamente necesario que pongáis á vuestra noble diosa un disfraz tan gesticulante y diabólico? Pero ¿de dónde viene esta necesidad? Precisamente de que habitáis demasiado cerca de la cloaca.

112.—*La sal del discurso.*

Nadie ha explicado aún explícitamente por qué los escritores griegos han hecho un uso tan singularmente moderado de los medios de expresión, de que disponían de una manera extraordinaria, hasta el punto de que todo libro post-griego parece chillón, abigarrado y exaltado. Está uno cansado de decir que junto á los hielos del polo Norte, así como bajo los trópicos, el uso de la sal se rarificaba; que, por el contrario, los habitantes de las costas y de las llanuras, en las zonas templadas, hacían de ella un uso más abundante. Los griegos, por una doble razón, puesto que, siendo su inteligencia más fría y más clara, el fondo de su naturaleza apasionada era, por el contrario, mucho más tropical que la nuestra, ¿no hubieran tenido necesidad de sal y de especias en la misma medida que nosotros?

113.—*El escritor más libre.*

¡Cómo no había de nombrar, en un libro para los espíritus libres, á Sterne, á quien Goethe ha venerado como el espíritu más libre de su siglo! Adjudique-

sele aquí el honor de llamarse el escritor más libre de todos los tiempos. Comparados con él, todos los demás parecen infatuados, sin delicadeza, intolerantes y de porte verdaderamente aldeano. No ha de elogiarse en él la forma clara, limitada, sino la «melodía infinita», si con eso se pudiese dar un nombre á un estilo en el arte; un estilo en que la forma determinada se rompe, se destituye y se reemplaza continuamente por lo indeterminada, de suerte que signifique al mismo tiempo tal cosa y tal otra. Sterne es el gran maestro del equívoco, tomando la palabra (entiéndase bien) en un sentido mucho más amplio del que se acostumbra á hacer cuando se piensa en las relaciones sexuales. El lector se aturde cuando quiere conocer con exactitud la opinión de Sterne sobre un asunto, y saber si el autor toma un aire risueño y entristecido: porque éste sabe dar dos expresiones á un mismo pliegue de su semblante, y hasta saber (y ese es su fin) tener razón á la vez que no tenerla, y mezclar la bufonería con la profundidad. Sus digresiones son á la vez continuaciones del relato y desarrollos del asunto; sus sentencias contienen al mismo tiempo una ironía de todo lo que es sentencioso; su aversión contra todo lo que es serio, va unida al deseo de poder considerarlo todo superficialmente y por el exterior. Así produce en el lector verdadero un sentimiento de incertidumbre: no se sabe si se camina, si se está de pie ó si se está acostado; eso se traduce por la impresión vaga de cernerse. Él, el autor más flexible, transmite también al lector algo de esa flexibilidad. Sterne llega ó cambiar los papeles; sin darse cuenta, es algunas veces lector tanto como autor; su libro se parece á un espectáculo en el espectáculo, á un público de teatro ante otro público de teatro. Hay que rendirse á dis-

UNIVERSITÄT
"ALFONSO MENES"
UNIVERSITÄT

creción á la fantasía de Sterne; y se puede esperar que sea benévola, siempre benévola. Es singular, al mismo tiempo que instructivo, ver cómo un gran escritor, tal como Diderot, se porta con respecto al equívoco universal de Sterne: también él fué equívoco; y eso precisamente es verdadero humorismo superior, á lo Sterne. ¿Ha imitado á éste en su *Jacques le fataliste*; le ha imitado, le ha admirado, le ha mofado ó le ha parodiado? No se llega á saberlo con exactitud, y tal vez eso sea precisamente lo que ha querido el autor. Esta duda hace á los franceses *injustos* respecto de esta obra de uno de los maestros de su literatura (que puede ponerse al lado de todos los de otros tiempos y de hoy). Pero los franceses son demasiado serios para el humorismo; sobre todo para esa forma humorística de tomar el humorismo. ¿Será necesario añadir que, entre todos los grandes escritores, Sterne es el peor modelo, el autor que menos puede servir de modelo, y que el mismo Diderot debió asustarse de su temeridad? Lo que quieren los buenos autores franceses, en cuanto á prosistas, y lo que quisieron, antes de ellos, algunos griegos y algunos romanos (y lo consiguieron), es exactamente lo contrario de lo que quiere Sterne. Y éste se eleva, como una excepción magistralmente ejecutada, por encima de lo que exigen los escritores artistas de todos los tiempos: la disciplina, la limitación del cuadro, el carácter, la persistencia en las intenciones, la posibilidad de dominar el asunto, la sencillez, la actitud en el desarrollo, el porte. Desgraciadamente, el hombre Sterne parece haber sido demasiado semejante al artista Sterne: su alma de ardilla saltaba de rama en rama con una vivacidad desenfrenada; no ignoraba nada de lo que existía entre lo sublime y lo canalla; se había posado

sobre todo, poniendo los ojos en blanco, como escandalizando, derramando lágrimas y tomando siempre un aire sensible. Si el idioma no se espantase de esa unión, podría decirse que tenía un buen corazón duro, y, en su manera de gozar, una imaginación barroca y hasta corrompida, que casi era la gracia y tímida inocencia. Ese sentido del equívoco, que penetra en el alma y en la sangre, esa libertad de espíritu que impregna todas las fibras y todos los músculos del cuerpo, nadie las poseyó como él.

114.—*Realidad escogida.*

Así como el buen escritor en prosa no se sirve más que de las palabras que pertenecen al idioma de la conversación, pero se guarda de utilizar todas las palabras de este idioma (así se forma precisamente el estilo escogido), así el buen poeta del porvenir no representará más que las cosas *reales*, desdennando por completo todos los objetos vagos y desmonetizados (1), formados de supersticiones y de eufemismos, en que los poetas antiguos despleaban su fuerza. ¡Nada más que la realidad, pero de ningún modo toda la realidad, sino más bien una realidad escogida!

115.—*Especies bastardas del arte.*

Al lado de las especies verdaderas del arte, la de la gran tranquilidad y la del gran movimiento, existen especies bastardas; el arte extenuado y ávido de reposo y el arte agitado: las dos especies desean que se tome su debilidad por fuerza y que se las confunda con las especies verdaderas.

(1) No vacilo en emplear este neologismo violento que para expresarse en su significado íntegro necesitaría una paráfrasis como esta: quitar al papel moneda su valor legal.—(N. DEL T.)